VEINTE AÑOS DESPUES

He contado en más de una oportunidad que mis comienzos literarios estuvieron estrechamente vinculados a Ernesto Sábato, y tal vez por ello, aunque ha pasado bastante más de veinte años, los recuerdos se mantienen nítidos, fieles.

Como casi todo el mundo, junto con el primer amor llegaron también los primeros versos. Sólo que a mí el entusiasmo —poético y sentimental— me duró lo suficiente como para que dos o tres años después me decidiera a elegir unos pocos y precarios poemas y los reuniera en un cuadernillo del que hice unas treinta fotocopias. La mayoría los regalé a mis amigos, convencido de que en pocos años más estaría a la altura de Pablo Neruda, Federico García Lorca o Paul Eluard, mis fanatismos de entonces. Con la audacia de la adolescencia envié cinco o seis a algunos escritores. Guardo cartas afectuosas, llenas de esa ternura paternal que producen los primeros balbuceos a un veterano. Pero Sábato fue más allá. En una de esas mínimas esquelas que gasta para su correspondencia, me agradecía aquellos titubeos y me invitaba a que lo telefonease cualquier mañana, creo que al mismo número que conserva ahora. Al otro día a primera hora lo llamé. Seguramente habré tartamuedado cuando acepté visitarlo ese domingo. En aquel breve diálogo me ofreció además presentarme al grupo de muchachos que acababa de fundar la revista *El Grillo de Papel,* cuyo nombre algunos números más tarde debió cambiar —cosas de la censura— por el más difundido y perdurable de *El Escarabajo de Oro.*

El haber elegido a Sábato entre los destinatarios de mis versos tenía una explicación: unos años antes, apenas cumplidos los catorce, hurgando en la heterodoxa y nutrida biblioteca de un familiar donde Roberto Arlt, Eugenio Sué y Jardiel Poncela se mezclaban con Oswald Spengler, Jean Paul Sartre y Jacques Maritain, encontré *El túnel.* Al contrario de Peter Pan, yo sentía una apremiosa urgencia por crecer y ya había leído a ciertos autores (que luego debí retomar para poder comprenderlos). Eran en general filósofos y ensayistas. Me

parecía que si algo era difícil —y muchas veces incomprensible— indicaba una mayor maduración por parte del lector. Hacía como un año que deliberadamente había relegado las novelas de Emilio Salgari y Julio Verne y también *Tarzán, Beau Geste, Ella y Ayhesha* y *El Capitán Blood,* libros a los que volví y vuelvo cada tanto con mucho mayor placer que entonces. La filosofía era seria —sin duda— pero me aburría, y *El túnel* era una novela y para mayor mérito: breve. Me deslumbró. Encontrar que los personajes, además de sus graves problemas patológico-metafísicos eran capaces de hablar de literatura durante una comida y como la cosa más natural, me resultaba algo desconocido, casi mágico. En mi casa, y en las casas que frecuentaba, el tema casi unánime era la política. Se vivía en plena época peronista y por esos días (alrededor de 1952) estaba por morir, o ya había muerto, Eva Perón.

Luego seguí leyendo suplementos literarios (en especial aquel excelente de la revista *El Hogar),* libros en desorden y sin método y creo que (salvo la adaptación cinematográfica de *El túnel,* de la que sólo recuerdo el rostro bellísimo de Laura Hidalgo) no volví a saber de Sábato hasta 1956. Ese mismo año desde la dirección de la revista *Mundo Argentino* denunció las torturas a militantes sindicales, lo cual lo obligó a dimitir (1). El hecho me tocó muy de cerca porque por aquella época se vivía en pleno furor antiperonista y las persecuciones habían golpeado muy de cerca, en mi familia.

De ahí que haya sido natural que yo fuera uno de los primeros compradores, el día de su aparición, de *El otro rostro del peronismo.* Recuerdo que un empleado de la librería Huemul, en la calle Santa Fe, abrió el paquete recién llegado de la editorial para entregarme el

---

(1) Sábato explicó su posición en una carta abierta al presidente de la República, general Pedro Eugenio Aramburu, firmada en Santos Lugares el 7 de septiembre de 1956 y difundida poco después. Puntualizaba, entre otras cosas:

«Millones de ciudadanos, señor presidente, comienzan a sentir nuevamente una oscura angustia, que usted podría advertir si tuviésemos prensa libre o si, a semejanza de príncipes y reyes de tiempos pasados, saliese anónimamente por los caminos y pueblos para escuchar a gentes humildes de nuestra patria. Y esa angustia se debe en primer término al temor de que estamos ya sobre la pendiente de un nuevo y terrible desengaño, y de que aquellos valores éticos que justificaron la cruenta revolución están a punto de malograrse o de ser arrojados por la borda como un inútil lastre en una nueva carrera hacia el despotismo, alentada por los serviles, por los que pretenden restaurar los grandes privilegios económicos, por los que ya sueñan con nuevos negociados y, en fin, por los políticos que, desprovistos de respaldo popular, ansían la prolongación del gobierno revolucionario. La angustia proviene además, de que muchos, tal vez millones de compatriotas, comienzan a pensar ya que esos males son tan profundos que parecen ser consustanciales con nuestra realidad nacional, que de verdad el pueblo argentino es incapaz de vivir sin servilismo, sin negociados, sin prensa amordazada, sin radiotelefonía corrompida, sin funcionarios venales, sin universidad apócrifa y sin intelectuales colocados de espaldas a la realidad de la nación. Hay grandes reservas morales en nuestra patria, pero es preciso dar un grito de alarma sobre esta creciente decepción y esta amenazante desesperanza que cunde en los espíritus argentinos, ya que de otro modo prepararemos el camino a los aventureros, los demagogos y los tiranos.» Cit. por Neyra, Joaquín: *Ernesto Sábato,* Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1973, p. 126.

ejemplar que había reservado días antes. Era un trabajo polémico, en donde desde una óptica opositora se aceptaba revisar ciertos estereotipos que la casi totalidad de los intelectuales argentinos asumía de manera agresiva y dogmática. Subrayé especialmente una frase que señalaba la dicotomía que cruza la historia de la cultura argentina casi desde 1810 y que por entonces pocos escritores se atrevían a resaltar:

> Aquella noche de septiembre de 1955 —decía Sábato—, mientras doctores, hacendados y escritores festejábamos ruidosamente en la sala la caída del tirano, en un rincón de la antecocina vi cómo dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados en lágrimas.

Lágrimas cuya defensa lo habían llevado a enfrentarse con la enorme mayoría de sus colegas. El más notorio, Jorge Luis Borges, lanzó un anatema desde las páginas de la revista *Ficción* dirigida por el escritor español Juan Goyanarte. Allí, mediante el poco recomendable método de atacar sin mencionar el nombre del criticado, Borges bruloteaba a Sábato. Entre otras cosas decía:

> El estilo de los textos es revelador. En un solo párrafo he subrayado las locuciones pueblo insurrecto, injusticia social, enajenación de la patria a los consorcios extranjeros y oligarquías. Inútil proseguir; el lector ya ha reconocido el dialecto, el vocabulario y casi la voz del «padre de los pobres» (Perón) o de su ligera variante, o de alguna variante de esta variante (2).

Simultáneamente Sábato era también cuestionado desde los sectores peronistas. Dos ensayistas que luego habrían de elogiarlo públicamente: Arturo Jauretche y Juan José Hernández Arregui, en ese momento juzgaron su postura uno tímida (3), y el otro pequeño-burguesa (4). Siempre me he sentido identificado con aquellos personajes que reciben palos a derecha e izquierda a causa de su independencia de criterio, aun cuando piense que están equivocados, y esas descargas conjuntas sumaban puntos para incentivar mi juvenil admiración por Sábato. Hubo también alguna entrevista televisiva, algún artículo recortado, el impacto que me produjo *Hombres y engranajes* en aquella vieja edición de Emecé. Pero en mi ánimo fue decisiva la intervención de Sábato en una mesa redonda efectuada en octubre de 1958 en la Facultad de Derecho de Buenos Aires donde yo estudiaba infinitas e inútiles teorías sobre artículos perdidos en los

(2) Borges, Jorge Luis, en rev. «Ficción», Buenos Aires, núm. 6, marzo/abril, 1957.
(3) Jauretche, Arturo: *Los profetas del odio*, Buenos Aires, 1957.
(4) Hernández Arregui, J. J.: *Imperialismo y Cultura*, Buenos Aires, 1957.

códigos. Se trataba de un ciclo sobre los golpes militares argentinos del siglo veinte. (Por entonces, sólo los de 1930, 1943 y 1955, que luego habrían de multiplicarse en trágica progresión). El hecho de que en la segunda sesión hubiese participado el dirigente peronista Oscar Albriéu, pero, sobre todo, las intervenciones de Sábato y Hernández Arregui, motivaron que la última mesa fuese prohibida.

Aquella tarde, en una sala repleta y tensa, el moderador anunció que Sábato no podría asistir por encontrarse enfermo. La multitud de estudiantes lamentó con un murmullo aquella ausencia. Unos, porque posiblemente habían concurrido para silbarlo por la heterodoxia de sus posturas frente al movimiento nacido el 17 de octubre de 1945, y otros —tal vez los menos— porque, como yo, sentían respeto por su actitud independiente. Sin embargo, pese a una gripe indisimulable, mientras hablaba el dramaturgo Enrique Grande, Sábato se hizo presente en la sala. Alguien, detrás de mí, comentó con desagrado que hubiese saludado en primer lugar al dirigente comunista Rodolfo Ghioldi. «Mostró la hilacha», sentenció la voz. Desde las primeras frases su intervención tuvo algo de desafío. A comienzos de 1956 el Gobierno militar del general Pedro Eugenio Aramburu había dictado un decreto (el número 4161) por el cual quedaba prohibido, bajo severas penas de prisión, pronunciar o escribir las palabras Perón, Eva Perón, Peronismo, Justicialismo y otras similares derivadas. Y pese a que en 1958 ya gobernaba un régimen constitucional, todavía los medios de comunicación seguían obedeciendo aquella totalitaria disposición. Para mencionar a Perón o a su gobierno el periodismo recurría a eufemismos. Decían, por ejemplo, «Tirano depuesto»; «La Segunda Tiranía» (suponiendo que la primera había sido la de Juan Manuel de Rosas); «El régimen felizmente superado»; «El Tirano Prófugo» y otras metáforas de parecida índole. Sábato esa tarde fue directo. En la segunda frase pronunció el nombre prohibido y tuvo que escuchar una silbatina que, aunque no le estaba dirigida, tardó más de un minuto en acallarse. Sin embargo, y pese al apasionamiento que se advertía en la sala, continuó la dirección de su discurso sin subterfugios. He querido reproducir casi íntegro aquel texto porque lo considero uno de los puntos de partida de la revisión ideológica que habría de producirse más tarde entre la intelectualidad argentina, y al mismo tiempo porque ha sido muy poco difundido (5).

---

(5) En aquella oportunidad Sábato expresó, entre otras cosas:

«Decía Grande que no quería hablar más del tema, que ya deberíamos olvidar todo aquello, como una pesadilla. Por el contrario, yo pienso que recién empezamos a hacerlo y que será necesario hablar muchas veces del tema.

Justamente, si algo está fuera de discusión con respecto al peronismo es que Perón *(se oyen silbidos y gritos del público)*, es que Perón ha revolucionado la vida del país. Así lo

Pero más allá del planteo político con el que coincidía en buena parte, Sábato había pronunciado una frase para mí impactante y que comenté durante varios días con otros estudiantes a quienes también había impresionado:

> Todos tendríamos que reconocer errores. No digo esto jactanciosamente como quien está en posesión de la verdad; por el contrario, lo digo como uno de los tantos equivocados. Casi diría que me considero un especialista en errores, pero al menos quiero reivindicar para mí el mérito de reconocerlos públicamente.

---

está revelando, entre otras cosas, la pasión que todos ponemos cuando encaramos el problema. Perón politizó profundamente la vida del país y, de una manera o de otra, hizo concurrir a la política a los sectores más diversos de la nación. La juventud, por ejemplo, estaba alejada de la política. Más, todavía: para la juventud, la palabra política era una mala palabra. También lo eran, para nosotros los estudiantes de entonces, palabras como "patria", "nación" y "ejército".

Es digno de ser observado que en este país las expresiones empiezan con mayúsculas, pasan luego a minúsculas y terminan finalmente entre comillas. Así pasó con aquellos vocablos y así también ocurrió con la expresión Revolución Libertadora. Es que las palabras son símbolos importantes de hechos y la juventud, por su pureza consubstancial, odia ser engañada con grandes palabras. Así pasaba en esta nación con muchas de las grandes palabras, y la juventud estaba resentida y aislada, manifestando con aquellas comillas toda su desilusión y su resentimiento. Habría que rehacer el diccionario político del país, a fin de establecer rigurosamente qué es "libertad", qué es "democracia", qué es "pueblo" y qué es "revolución". Evitaríamos así muchos malentendidos y muchas inútiles discusiones, por dar a las mismas palabras significados a veces diametralmente opuestos. Pongamos un solo ejemplo: si yo fuese obrero y estuviese aquí hablando de libertad, en favor de la libertad, y escuchase que la revolución de mil novecientos cincuenta y cinco se hizo en nombre de la libertad, tendría todo el derecho del mundo a comentar que, mucho antes que Perón subiese al poder, los obreros eran bárbaramente apaleados y torturados cada vez que se levantaban en defensa de sus derechos; de modo que la famosa palabra "libertad", en el sentido en que a veces la empleamos en reuniones como ésta, tendría para ese obrero un sentido apócrifo y farisaico.

Nosotros, como intelectuales, tenemos el deber de enfrentar este grave problema del lenguaje apócrifo y farisaico. Y, por supuesto, esta revisión de significados no sería, como podría pensarse a primera vista, una simple cuestión de lenguaje, sino que implicaría un examen a fondo de los hechos históricos y sociales de nuestra patria. Esta revisión implicaría una revisión de toda nuestra historia, sobre todo de la historia de los últimos cincuenta años. Y todos tendríamos que reconocer errores. No digo esto jactanciosamente, como quien está en posesión de la verdad; por el contrario, lo digo como uno de los tantos equivocados. Casi diría que me considero un especialista en errores, pero al menos quiero reivindicar para mí el mérito de reconocerlos, y de reconocerlos públicamente. Creo y pienso que de uno y otro lado habría que reconocer errores. Y así entenderíamos que estamos aquí reunidos en virtud, precisamente, de ese complejo proceso que significó la revolución peronista, que todo lo trastrocó, que todo lo ha revuelto, que ha puesto sobre el tapete los problemas más importantes de la nacionalidad.

Todos, sin excepción, peronistas y antiperonistas, deberíamos hacer este examen de conciencia; con toda honestidad, no digo sin pasión, porque sería horrible que algo de tanta trascendencia pudiese ser hecho sin pasión, pero sí con absoluta honestidad y humildad. Y este examen cartesiano del peronismo nos permitiría obrar por la superación del país.

Si todos hiciéramos esto, pienso que aquellas personas que *realmente* quieren al país, tienen fe en nuestro pueblo, se pondrían de acuerdo en un mínimo de cosas comunes.

No me atrevería a enunciar en este momento, así, de improviso, cuál podría ser este mínimo común, pero estoy seguro que ese mínimo existe para las personas de buena voluntad.

Tendríamos que empezar por admitir, estoy convencido, de que esto ha sido y es una revolución, aunque muchos todavía piensen lo contrario.

El diecisiete de octubre yo estaba en mi casa, en Santos Lugares, cuando se produjo aquel profundo acontecimiento. No había diarios, no había teléfonos ni transportes, el silencio era

Esas palabras, distintas a las que acostumbraba a escuchar de los intelectuales, me llevaron a indagar en su trayectoria. Me interesó saber que había sido comunista, surrealista, científico, profesor se-

---

un silencio profundo, un silencio de muerte. Y yo pensé para mí: esto es realmente una revolución.

Era la primera vez en mi vida que yo asistía a un hecho semejante. Por supuesto, había leído sobre revoluciones, todos hemos leído sobre revoluciones. Tenemos en general una idea literaria y escolar de lo que es una convulsión de esa naturaleza. Pero es una idea literaria, sobre todo en este país, donde la gente ilustrada se ha formado leyendo libros preferentemente en francés. Y, todavía hoy, ve con enorme simpatía, cada vez que llega el catorce de julio, en las vitrinas de la Embajada francesa, en la calle Santa Fe, un descamisado tricolor tocando un bombo, rodeado por otros descamisados que vociferan y llevan trapos y banderas. Todo eso les parece muy lindo y hasta de buen gusto, porque está en la avenida Santa Fe y porque pertenece a la Embajada de Francia *(aplausos)*, sin comprender que esos hombres allí representados eran precisamente descamisados, y que esa revolución (como todas, por otra parte) fue sucia y estrepitosa, obra de hombres en alpargatas, que golpeaban bombos y que seguramente también orinaron (como los descamisados de Perón en la plaza Mayo) en alguna plaza histórica de Francia *(risas)*. No veo que haya en esto nada merecedor de la sonrisa o la ironía. A mí me conmueve el recuerdo de aquellos hombres y mujeres que habían convergido sobre la plaza de Mayo desde Avellaneda y Brisso, desde sus fábricas, para ofrecer su sangre por Perón.

No hago un juicio de valor; ignoro las intenciones que tenía este señor, puede ser que no fueran buenas. Personalmente, no tengo simpatía por Perón. Pero si fuéramos a juzgar la historia y los hechos políticos por la simpatía o antipatía que nos merecen sus líderes, evidentemente resultaría una historia muy curiosa.

Lo cierto es que aquellas masas eran multitudes que habían sido sistemáticamente escarnecidas y apaleadas, que ni siquiera eran gente, que no eran personas. Ese concepto de "persona", que tan profundamente la Iglesia reivindicó para el hombre y que trajo a la civilización occidental una revolución espiritual tan trascendente. Pues bien, esa multitud de parias había encontrado un conductor, un líder que había sabido moverlas, que había sabido despertar su amor. Nada de malo veo en esta existencia de un líder. Se oye decir en este país, sobre todo en sectores de los llamados democráticos, que es malo que exista un conductor, como si eso fuera cosa de pueblos atrasados y de multitudes bárbaras o fanáticas. Lamento tener que decir que todo eso se me ocurre una tontería. Nunca ha habido, por otra parte, historia sin líderes. El propio Marx ha dicho que la historia se hace en condiciones determinadas o predeterminadas, ajenas a la voluntad de los seres humanos; pero que la historia, no obstante, la hacen los hombres y, sobre todo, naturalmente, los grandes hombres. No alcanzo a comprender por qué Churchill, por el solo hecho de ser inglés, haya de ser un líder aceptable y no han de serlo otros que no gozan de una nacionalidad tan privilegiada. *(Aplausos.)*

No hay nada repudiable en que un conductor, que sabe lo que debe hacerse por su pueblo, lo haga. No es que defienda particularmente el liderazgo de Perón, porque en ese caso habría que hablar mucho y analizar muchos matices. Sólo quiero significar que su condición de conductor no es, en todo caso, un argumento en su contra, como se ha pretendido hacer valer, sino más bien en su favor.

Se oye decir que las masas peronistas fueron subyugadas por mendrugos y por botellas de sidra. Esa es otra de las grandes falsedades que se repiten. Nunca una revolución se ha hecho por simple hambre. Lo saben bien los teóricos comunistas, para citar el caso de una posición materialista de la historia, es decir, el caso más desfavorable. La gente se mueve por ideas y por ideales, por odio y por amor. Así se hizo la revolución nuestra de mil ochocientos diez, la revolución del ochenta y nueve en Francia, la del diecisiete en Rusia, y todas las grandes revoluciones de la historia. Un pueblo no sigue a un líder porque simplemente tenga el estómago vacío; hay pueblos hambrientos que viven en la esclavitud. Por el contrario, los desheredados siguen a un conductor cuando él sabe despertar en ellos pasiones profundas. En este caso, los hombres de los frigoríficos y quebrachales, de las fábricas y talleres, porque encontraron a un hombre que supo encarnar y personificar sus sentimientos y anhelos más recónditos. Por eso fueron tras de él. Y estoy seguro de que conservarán ese sentimiento de fidelidad hasta que se mueran.

Esto es una de las tantas cosas que no han aprendido los que siguen siendo antiperonistas al ciento por ciento, una de las cosas que tendrían que aparecer con claridad a poco que iniciáramos una examen a fondo, honesto y descarnado, de los hechos históricos acontecidos en los últimos años en nuestra patria, uno de los elementos de ese denominador común a que me refería, condición indispensable para que luego edifiquemos algo permanente y serio. Porque el problema del país, hoy, no es peronismo o antiperonismo, sino síntesis, pero la

cundario y universitario y alto funcionario oficial, y que todo lo había abandonado alguna vez sin importarle el camino andado ni el futuro, acaso porque confiaba ciegamente en ese futuro.

---

síntesis no se hace aniquilando a una de las tesis contrapuestas, sino integrándola en la síntesis superior. Y para eso hay que comprenderla y hasta hay que admitirla con pasión. O hacemos hoy síntesis o no tendremos Nación. Eso para mí es claro y trágico.

Debemos entender que aquí ha habido una revolución y que esa revolución es, como todas, irreversible.

Hay gente que sueña, aquí, con restauraciones; cuando cayó Perón, muchos soñaban con la vuelta al buen tiempo viejo; si eso no fuera mezquino y criminal, por lo menos sería candoroso; porque la historia, como dijo James, es constantemente novedosa, constantemente creadora, y es absurdo soñar con la reversibilidad de nada. No volveremos, pues, atrás simplemente porque es imposible hacerlo. Las masas obreras han conquistado ya su derecho a la vida política y espiritual en la Nación y es menester que en este somero examen de los puntos de partida, del denominador común, terminemos por reconocer ese hecho irreversible y además positivo de la vida nacional.

En tercer lugar, habrá que reconocer que las banderas realmente nacionales habían sido abandonadas por nuestra élite y en cambio habían sido empuñadas por las masas, por esas masas que tan a menudo han sido calificadas de chusma iletrada; hasta, lo que es cruelmente paradojal, por los líderes de la llamada izquierda. De estos líderes partieron precisamente palabras como "descamisado" y "alpargata", haciendo del alfabetismo la clave para la verdad histórica de un movimiento. La verdad es que no sé si sirve para mucho el alfabetismo. Quizá como director de relaciones culturales del país no debería decir eso... Pero creo que fue más importante que el alfabetismo la intuición profunda que indudablemente tuvieron esas multitudes al tomar las banderas de la soberanía política y económica, y su comprensión de que en un país subdesarrollado, como la Argentina, no era posible la soberanía política sin el desarrollo económico.

Se objeta la corrupción, y yo mismo la he objetado. Claro que la hubo, y hasta una corrupción incalificable. Pero también es cierto que el país se desarrolló industrialmente, que se echaron las bases para la liberación nacional y que, además, se levantó, como dije, la bandera de la soberanía.

Grandes masas de estudiantes e intelectuales, en cambio, olvidamos que se había puesto en juego algo tan trascendental como la justicia social y salimos a la calle para enfrentarnos con los desheredados. Por supuesto que lo hacíamos con fervor y con buenas intenciones. Siempre que los estudiantes de estos países salen a la calle lo hacen movidos por el fervor y los grandes principios. Pero puede ocurrir, y ocurre, que hombres que no tienen ni su edad, ni su fervor, ni su pasión por los principios, estén detrás de esos *movimientos tumultuosos. Eso es exactamente lo que pasó en el año 30, cuando los estu*diantes salimos a la calle para echar abajo a Yrigoyen, inaugurándose así una era nefasta para la Nación. De modo que no creamos que por el solo hecho de estar en la calle los estudiantes la razón histórica está de este lado. Los estudiantes del 30, por ejemplo, estábamos equivocados en muchísimas cosas: no comprendimos que Yrigoyen era un caudillo popular, no creíamos más en la palabra "patria" (por lo menos una buena mayoría), éramos internacionalistas (sin comprender que el internacionalismo no implica contradicción con el nacionalismo, sino que, en cierto modo, está precisamente condicionado por él, del mismo modo y por causas tan profundas por las que un escritor como Dostoievski es radicalmente nacional y por eso mismo un genio universal).

Y en el 45 nos volvimos a equivocar, nosotros, precisamente el sector más ilustrado del país. Dijimos "cabecitas negras", hablamos de "chusma" y "alpargatas". Olvidándonos que esos cabecitas negras habían constituido el noventa por ciento de los ejércitos patriotas que habían llevado a cabo la liberación de América; esos cabecitas negras que a quinientas leguas de Buenos Aires luchaban contra soldados que habían combatido contra Napoleón, mandados por un generalito improvisado y enfermo, solo, mantenido en aquellas soledades, en medio de tanto sufrimiento físico y espiritual, por sus ideales de soberanía y de libertad. ¡Qué fácil es despreciarlos ahora desde nuestras aulas! Pero todavía no hay un auténtico monumento para aquellos soldados anónimos de la libertad americana, para aquellos descamisados de nuestro ejército republicano, mientras hay tantos monumentos y tantas calles para generales que no tienen el mérito de aquellos héroes anónimos.

Sí, los estudiantes, los doctores, hemos estado trágicamente separados de nuestro pueblo. Tan paradojalmente separados hasta el punto de que Sarmiento escribiese ese

Ese cúmulo de ideas, prejuicios, temor al desencanto y timidez cargaba sobre mí cuando subía al tren que iba a llevarme a su casa de la calle Bonifacini (hoy Langieri), en Santos Lugares, localidad de la provincia de Buenos Aires, ubicada a escasos kilómetros de la capital.

Recuerdo que me recibió en el jardín con una lata de veneno para las hormigas con las que —según dijo— sostenía una guerra interminable y casi amistosa.

> —Es claro que el intruso soy yo, ellas estaban desde antes que yo viniera a vivir aquí —explicó con una sonrisa.

De aquella mañana puedo evocar la luz que entraba por el ventanal, un café que sirvió Matilde, un perro chaw-chaw llamado «Nanuk» y varias frases sueltas que en los meses siguientes repetí convencido, citando orgulloso la fuente. Sé que elogió a Jean Paul Sartre, a Albert Camus, a Victoria Ocampo y a Enrique Santos Discépolo, uno de los mayores letristas del tango, a quien definió como un existencialista *avant la lettre.*

> «¡Qué gran ensayo debería escribirse sobre este genio de la calle! Ya querrían muchos poetas premiados algunos de sus versos, escritos a lo mejor sobre la mesita de mármol de ese cafetín de Buenos Aires donde Discepolín aprendió filosofía y la poesía trágica de la existencia», dijo, citado a la distancia.

Ya entonces (1959) era yo un fanático del tango, de sus letras, de su música y de su problemática. Siempre he creído que la esencia del porteño se explica más a través de una selección de esos temas que mediante sesudos estudios sociológicos. Y, junto con mis fervores poéticos y literarios, empezaba a reunir materiales: notas, recortes, entrevistas y, por supuesto, discos, con vistas a realizar alguna vez un trabajo sobre el tango, proyecto que habría de concretarse más tarde en algún libro y en un montón de ensayos y artículos des-

---

documento tan falso como el "Facundo". Maravillosa novela, sin duda, obra del novelista quizás más grande y genial que hemos tenido, pero histórica y sociológicamente apócrifo y falso de toda falsedad. ¡Qué trágico destino y qué paradojal y americano que Sarmiento escribiese semejante diatriba contra el Facundo Quiroga que llevaba en lo más hondo de su corazón! Un hombre que era tan bárbaro y tan gaucho, tan Facundo Quiroga, que cuando gobernó el país hizo apuñalear en su catre, a traición, al gran Peñaloza, aquel conmovedor caudillo, amado por sus hombres, que tampoco tiene ni monumento ni calle en esta ciudad donde cualquier insignificante generalito porteño tiene calles de kilómetros de largo. Tremendo y paradojal Sarmiento, que se empeñaba en vestirse de frac para tapar al bárbaro americano que llevaba dentro y que más que nadie ha impedido que el general Facundo Quiroga, hasta hoy, tenga tampoco su calle ni su monumento en esta ciudad que debería ser la capital de todos los argentinos. Ese Sarmiento que planteó el dilema, falso, de civilización o barbarie, cuando bien se sabe que un pueblo auténtico es civilización y barbarie, por la misma causa profunda que un hombre no es únicamente el hombre de la clara y limpia conciencia de la vigilia, sino la extraña criatura de los sueños nocturnos.»

Recogido, según versión taquigráfica, en *Tres revoluciones. (Los últimos veintiocho años),* Buenos Aires, 1959.

perdigados en revistas y diarios. Pero en aquel momento todavía era raro que los intelectuales se acercasen al tango de manera respetuosa y documentada, y eran escasísimos los libros dedicados íntegramente a su análisis. Por eso me llamó la atención y me entusiasmó que Sábato no sólo se mostrase cercano al tango, sino que además estuviese preparando una antología que habría de aparecer en 1963 con el título de *Tango, discusión y clave* y el pie editorial de Losada. Recuerdo también que me enorgulleció poder acercarle días después un recorte de la revista «Caras y Caretas», de 1904, que había descubierto poco antes, sobre el auge del tango en los bailes de carnaval.

Sábato no se detenía en lo puramente anecdótico; rescataba lo más profundo y metafísico de la música de Buenos Aires, «el fenómeno más original del Plata», precisaba. Y recurría a ejemplos de ciertas letras, por ejemplo, la de *Café de los angelitos*, cuando Cátulo Castillo, su autor, se pregunta:

¿Tras de qué sueños volaron?
¿En qué estrellas andarán?
Las voces que ayer llegaron
y pasaron, y callaron,
¿dónde están?
¿por qué calles volverán?

Y los comparaba con los de Jorge Manrique o resaltaba la precisa definición con la que finaliza el tango de Tagle Lara *Puente Alsina:*

Borró el asfaltado
de una manotada
la vieja barriada que me vió nacer (6).

Eran tiempos en los que no se hablaba de literatura sin caer en el tema del compromiso político y, como era lógico, salió en la charla. Además, en la Argentina se subrayaba una y otra vez la necesidad de edificar un arte y una literatura nacionales. Para ambos problemas tuvo una respuesta única:

---

(6) Años después Sábato habría de escribir una letra de tango sobre música de Aníbal Troilo, famosísimo compositor e intérprete, un verdadero mito porteño, a quien alguien bautizó «el bandoneón mayor de Buenos Aires». El tango, llamado *Alejandra*, refleja la historia, el recuerdo, de la protagonista de *Sobre héroes y tumbas:*

He vuelto a aquel banco del Parque Lezama.
Lo mismo que entonces se oye en la noche
la sorda sirena de un barco lejano
mis ojos nublados te buscan en vano.
... ...
Ahora tan sólo la bruma de otoño,
un viejo que duerme, las hojas caídas.
El tiempo y la lluvia, el viento y la muerte,
ya todo llevaron, ya nada dejaron.
... ...

—Sólo hay mala o buena literatura. Eso es todo. Si es buena *ipso facto* será nacional. Shakespeare y Dostoyevski son nacionales porque son profundos y no al revés —sentenció.

La frase la escribí puntualmente en el tren de vuelta, antes de comenzar a leer *Uno y el universo,* que acababa de regalarme.

El viernes siguiente, de acuerdo a lo prometido, me citó en el Café Querandí de la esquina de Moreno y Perú, para presentarme al grupo que acababa de fundar *El grillo de papel.* Allí conocí a los casi debutantes Arnoldo Liberman (que ya había publicado su primer libro, *Poemas con bastón,* hacía unos meses), Abelardo Castillo, Humberto Costantini (también había editado un libro de cuentos en 1958: *De por aquí nomás),* al pintor Oscar Castelo, por entonces poeta, y a Víctor García Robles. Salvo Castelo, que derivó hacia la plástica, los otros nombres elaboraron con el tiempo una obra rica, nutrida y notoria.

Esa tarde Sábato llegó con el original del *Informe sobre ciegos.* Unos muchachitos desconocidos le habían pedido para una revista poco menos que ignota (acababa de aparecer el primer número) un fragmento de su próxima novela; y él, como un principiante, arrimaba su texto para que eligiesen algunas páginas que luego habrían de aparecer en el tercer número.

Para mí era la primera novela que leía mecanografiada. Hasta entonces la literatura se había limitado a volúmenes impresos y en un terreno secreto, marginal y doméstico, mis propios poemas. Esa lectura me encandiló, me parecía la llave, el acceso al mundo fascinante de la literatura. Aún hoy, a más de veinte años de distancia, carezco de objetividad para juzgar esas páginas, quizá a causa de aquel primer impacto.

En estos flashes de la memoria, en los que salvo aquellos primeros encuentros, las fechas y las circunstancias, como es natural, se mezclan, se confunden, puedo —sin embargo— recordar una con nitidez: la del 29 de marzo de 1962. Ese día el presidente constitucional, Arturo Frondizi, elegido por una amplísima mayoría cuatro años antes, fue desalojado del poder por un golpe militar. Nos encontrábamos en la ciudad de Mar del Plata en un festival cinematográfico del cual Sábato era —creo— jurado. Después de cenar salimos a caminar por la rambla y un grupo de jóvenes lo reconoció. Era un figura popular. Hacía dos o tres meses que la edición de Fabril, de *Sobre héroes y tumbas,* con un cuadro de Yuyo Noé en la portada, pasaba de mano en mano y su foto se multiplicaba en diarios y revistas. Pero nadie habló de literatura. Los desencantos por la gestión del gobierno derro-

cado esa mañana arriesgaron frases de indiferencia antel el golpe. Sábato se indignó:

> —Ahora van a saber lo que ocurre cuando toman el poder los militares. Ahora sí va a haber represión y entrega del país —enfatizó.

Una voz que evoco titubeante agregó con timidez:

> —Pero usted no se llevaba bien con el gobierno, inclusive renunció a un cargo oficial.

Sábato le respondió que sería una mezquindad anteponer los problemas personales al destino del país y que todos los golpes militares implican un retroceso. Después continuamos caminando junto al mar en una suerte de monólogo en el cual profetizó algunos sucesos que comenzarían a manifestarse días después. Y no se equivocó.

Creo innecesario destacar que mis sentimientos hacia Sábato eran compartidos entonces por la mayoría de los nuevos escritores, esa promoción que luego los historiadores de la literatura denominarían *generación del sesenta*. Ernesto era, sin discusión, el arquetipo, el modelo y el maestro. Algunos le calcaron los gestos, los tics, la entonación o repetían —como yo— sus frases. Era la palabra distinta, heterodoxa, combativa. Tan herética como para elogiar al mismo tiempo al Ché Guevara y a Victoria Ocampo, al general De Gaulle y a Jean Paul Sartre. Nos gustaba que fuera impaciente, susceptible, celoso y generoso al mismo tiempo. Nosotros teníamos más o menos la edad de su hijo mayor, Jorge Federico (de quien me hice muy amigo) y tal vez esa similitud hacía que nos alentara u orientara con tono paternal, y hasta más de una vez se preocupó de conseguirnos trabajo. Como era lógico, algunos necesitaron alejarse de esa imagen para poder crecer. Otros, en mayor o menor medida (a veces estando a miles de kilómetros de obligada distancia), siguieron en contacto con él aunque fuese a través de esas esquelas de tres o cuatro líneas, o de encuentros fugaces en distintas partes del mundo.

Algún día eruditos investigadores o complicados ordenadores descubrirán hasta qué punto las opiniones, los juicios y hasta las arbitrariedades de Sábato pesaron en la generación del sesenta y aun en los intelectuales más jóvenes. Aunque no hubiese escrito un solo libro, su nombre aparecería una y otra vez como el de un maestro, título que muy pocos pueden ostentar con tanta justicia. Pero además los escribió, claro.

HORACIO SALAS

López de Hoyos, 462-2.º B
MADRID-33